

10

ADORADORES COMO CLARET

Viernes, 17 de julio de 2020

Meditación de la tarde

Oración inicial

*Gracias, Señor, por tu bondad,
porque te vales de todos los medios
para la conversión de los pecadores.
Bendita sea tu Providencia, que siempre vela por mí.
Ahora y siempre cantaré tu eterna misericordia.
Amén.*

(Directorio Espiritual CMF, n. 7)

1. Petición al Señor

Señor, Tú concediste a Claret vivir la adoración como un camino de amistad que acabó transformándolo a imagen de Cristo misionero. Te pedimos que nosotros también nos sumerjamos en este camino de adoración; y así podamos reconocerte como nuestro único Dios y transformes nuestras vidas en la de tu Hijo Jesús.

2. Puntos para la meditación

En esta última meditación vamos a poner de relieve el elemento más fundamental y constante que vemos en Claret, desde su infancia hasta su muerte: su unión con Cristo que se manifiesta en una adoración apostólica. No se encerró con Cristo en una celda interior, sino que, poco a poco, todo él se fue convirtiendo en una capilla, en un templo, en un sagrario abierto para que todos adoraran al único Señor.

2.1. La raíz de la que brotó su vida apostólica

Claret nos revela una experiencia clave vivida durante su infancia. Como ya hemos dicho, él había sentido la llamada de Dios para ser sacerdote y, por eso, su padre lo puso a estudiar latín. Las circunstancias políticas cerraron la escuela y aquella llamada pareció quedar en suspenso. El niño se sentía frustrado y parecía que se le hundía el mundo en el que había soñado. En este contexto, se comprende cómo **el anciano Claret recordaba con emoción un diálogo íntimo con Cristo** en un momento de adoración eucarística: “...Además de asistir siempre mañana y tarde, allá, al anochecer, cuando apenas quedaba gente en la iglesia, entonces volvía yo y solito me las entendía con el Señor. ¡Con qué fe, con qué confianza y con qué amor hablaba con el Señor, con mi buen Padre! Me ofrecía mil veces a su santo servicio, deseaba ser sacerdote para consagrarme día y noche a su ministerio, y me

acuerdo que le decía: ***Humanamente no veo esperanza ninguna, pero Vos sois tan poderoso, que si queréis lo arreglaréis todo.*** Y me acuerdo que con toda confianza me dejé en sus divinas manos, esperando que él dispondría lo que se había de hacer, como en efecto así fue...” (Aut 40).

El horizonte soñado había desaparecido, pero quedaba una tierra fértil: una confianza, un amor y un abandono en las manos de su amado Padre. Durante el período de la adolescencia y juventud, inmerso en el mundo y en la ilusión de los telares, pareció que todo quedaba definitivamente sofocado. Pero no, **la tierra permanecía fértil.** Por eso, cuando entró en crisis por los desengaños sufridos, renació instintivamente su apertura a Dios. Un Dios que lo iba a llevar por caminos que él no esperaba: ni cartujo, ni jesuita, ni párroco de pueblo, ni misionero para siempre en la casa de Vic, ni simple administrador de una archidiócesis en un mundo desconocido, ni eclesiástico políticamente potente en la corte de Madrid, ni anciano muriendo en la casa de sus hijos misioneros.

La experiencia de aquel “humanamente no veo esperanza ninguna” hasta un cierto punto se fue repitiendo a lo largo de su vida. Por ejemplo, la necesidad que sintió de llevar al menos 15 años seguidos el examen de conciencia sobre la humildad y reconocía que no llegaba a serlo, nos lleva a pensar que era muy consciente de su valía y de la constante tentación de la vanagloria (cf. *Propósitos*

de 1866, 7, en AEC, 713); la más que probable frustración de tener que dejar casi abandonada la recién fundada comunidad de misioneros de Vic; dejar la Librería Religiosa totalmente en manos de colaboradores que no siempre estaban dispuestos a seguir sus recomendaciones; suspender de golpe los planes apostólicos que soñaba no solo para Cataluña sino también para otras partes de la Península en un momento cumbre de sus éxitos pastorales; la incomprensión e incluso la oposición de no pocos grupos en Cuba, incluido parte de su clero; la impotencia de no poder enfrentarse públicamente contra la esclavitud, que detestaba; el dolor de tener que abandonar al final el gran proyecto de la Casa de Caridad de Puerto Príncipe...; en Madrid, el acoso continuo y sistemático a su reputación difundiendo caricaturas denigrantes e incluso reproduciendo libros suyos falseando el contenido y publicando biografías difamatorias; y la persistente persecución incluso estando enfermo y en el exilio. Como vemos, humanamente, **podía parecer un fracasado bajo muchos puntos de vista.**

Sin embargo, la confianza que, desde la niñez, había puesto en su Padre fue haciéndole descubrir, a lo largo de su vida, los planes de Dios, que no siempre coincidían con los suyos por más sinceros que fueran. **Su profunda experiencia de adoración a Dios le llevaba a darse cuenta de que en realidad su Padre no le abandonaba nunca.** Esta confianza le llevaba a fiarse de Dios y a emprender con decisión y valentía apostólicas las nuevas realidades.

2.2. Momentos clave de su adoración apostólica

La adoración eucarística del niño Antonio, vivida sobre todo como amistad íntima con Jesús, **se mantuvo a lo largo de toda su vida**, pero fue adquiriendo una mayor amplitud y profundidad conforme iba avanzando en sus varias etapas espirituales. Durante el período de misionero itinerante, la actitud interior de adoración le impulsaba a imitar al Cristo contemplado sobre todo en sus rasgos externos como misionero (cf. Aut 428-437). A partir de su nombramiento episcopal, encontramos cada vez más en sus *Propósitos* la insistencia de vivir en la presencia de Dios (AEC, 659, 662, 676), y la adoración le impulsaba a configurarse con Cristo Buen Pastor. Una vez vuelto a la Península, sus *Propósitos* se fueron cargando de imágenes que expresaban un proceso de verdadera unión con Cristo (cf. Aut 674-700); de ahí que la adoración le fuera llevando a sentirse cada vez más profundamente unido al Cristo crucificado.

Sintetizando, podemos decir que después del interés por una **imitación** marcadamente externa de Jesús misionero, Claret fue profundizando, poco a poco, su relación con Cristo, y así, en un segundo momento, se fue centrando en la **configuración** interna con Él, hasta llegar, en un tercer momento, a la **unión** mística con Él.

Vamos a detallar las imágenes más expresivas de este último momento de su relación con Cristo: **la unión mística**. En los Ejercicios celebrados a poco más de un mes de su llegada a Madrid, escribía: “**Tendré una**

capilla fabricada en medio de mi corazón, y en ella día y noche adoraré a Dios con un culto espiritual. Pediré continuamente para mí y para los demás. Mi alma, como María, estará a los pies de Jesús escuchando sus voces e inspiraciones y mi carne o cuerpo, como Marta, andará con humildad y solicitud obrando todo lo que conozca ser de la mayor gloria de Dios y bien de mis prójimos” (*Propósitos* de 1857, 1, en AEC 681).

Notemos un hecho significativo. Para esta imagen se inspiró en su amada santa Catalina de Siena; pero, mientras la santa parece ser que se encerraba en “la celda interior” para contemplar a Cristo, el misionero Claret fabricaba “una capilla” en medio de su corazón para **adorar en ella a Dios e interceder por los demás**: ser María y Marta al mismo tiempo.

Cuatro años después, tuvo lugar **la primera gracia grande**: “El día 26 de agosto de 1861 hallándome en oración en la Iglesia del Rosario de la Granja, a las siete de la tarde, el Señor me concedió la gracia grande de la conservación de las especies sacramentales y tener siempre, día y noche, el Santísimo Sacramento en el pecho; por lo mismo, yo siempre debo estar muy recogido y devoto interiormente, y además debo orar y hacer frente a todos los males de España, como así me lo ha dicho el Señor” (*Luces y Gracias* de 1861, en AEC, 813). Podríamos decir, que “**la capilla**” **recibió su “sagrario”**. Nuevamente, el vivir más centrado en Cristo Eucaristía no le alejaba de los

demás, al contrario, se sentía llamado a orar y a hacer frente a todos los males.

En los *Propósitos* de los Ejercicios de 1866, insistió y profundizó en lo dicho anteriormente: “Andaré continuamente en la presencia de Dios interiormente. Al efecto, andaré siempre muy recogido de sentidos para no derramarme...” (AEC, 713). Volvió a la imagen de María y Marta aplicándola a la contemplación y al ministerio y añadió una nueva imagen: **las dos puntas de un compás**; el alma como una punta fija en Jesús, que es el centro, y el cuerpo como la otra punta del compás describiendo sus obligaciones. Notemos que estas dos imágenes las desarrolló en el librito *Templo y Palacio de Dios nuestro Señor*, publicado precisamente en 1866, aplicándolo a la espiritualidad laical. Quizás podríamos decir que el “Templo” se refiere más a la dimensión interior contemplativa, y el “Palacio”, al lugar de la vida familiar y social. Ambos son inseparables en la vida del cristiano y en ambos se halla Dios nuestro Señor.

El año 1864 fue particularmente doloroso debido a la intensificación de las calumnias y persecuciones que Claret sufrió en Madrid, tal como él lo expresó en sus *Propósitos* de Ejercicios: “Como en estos días me hallo tan perseguido, pensaré que todo viene de Dios y que quiere de mí este obsequio...” (*Propósito* 7, en AEC, 707). En este contexto **cambia la materia de examen particular, de la mansedumbre por la del amor de Dios** (cf. *Propósitos* de 1864, 7, en AEC, 706). Justamente en estos

mismos *Propósitos* aparece la idea de “tener para con Dios corazón de hijo, y **para con el prójimo corazón de madre**” (cf. *Propósito*, 8, en AEC 706). Probablemente este cambio responde a una gracia recibida el 16 de julio 1863: “... Jesús nos dice que seamos perfectos como su Padre celestial. Sea yo amante como el Hijo. Pedía el divino amor y decía: *No tienen vino...* Me dijo Jesucristo: *Llena las tinajas de agua*, esto es, que llenase bien o que hiciera bien todas las cosas ordinarias...” (*Luces y Gracias* de 1863, en AEC, 818).

Este amor de Dios que Claret recibía de Él y que durante estos años se dedicó a cultivar de manera especial, le llevó consecuentemente a amar a todo lo que Dios ama y como Dios lo ama. Por lo tanto, también a los enemigos. En este contexto se entiende perfectamente lo que él llama **la segunda grande gracia** que recibió: “El día 12. A las once y media del día, **el Señor me ha concedido el amor a los enemigos**. Lo he sentido en mi corazón... Ya hacía algunos días que Dios me daba un conocimiento extraordinario al leer las *Moradas quintas* de Santa Teresa, Cap. 3, y hoy, día 12 de octubre, en la meditación 27 de los *Ejercicios Explicados* me ha concedido esta grande gracia. *Yo vivo ahora, o más bien no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí* (Gal 2,20). Jesús miraba a los judíos como una madre que mira a sus hijos enfermos, delirantes, ebrios de vino, que no saben lo que hacen ni lo que dicen. Son más dignos de lástima y compasión que de indignación” (*Luces y Gracias* de 1869, AEC, 825-826).

Estamos en **el momento cumbre de la configuración con Cristo**, justo un año antes de su muerte. La prolongada experiencia de adoración le lleva a sentir que aquella “capilla” de la que había hablado en 1857 se encontraba plenamente habitada por el amor de Dios. Toda su vida misionera, de adoración ante Dios y de actividad apostólica, estaba impregnada de esta *grande gracia*.

2.3. Desde la cumbre hasta la meta final

En los últimos meses de su vida hay **dos momentos particularmente significativos**. Lo que escribió en el mes de mayo **desde Roma** y lo que escribirá y vivirá a partir de agosto ya **desde Fontfroide**. En mayo de 1870 estaba muy ocupado en Roma con el concilio Vaticano I, visitando cárceles y hospitales, escribiendo y preocupándose por la aprobación de las Constituciones de sus misioneros y de otras congregaciones. En cambio, el 9 de agosto, a escondidas a causa de la persecución, partió de Prades, donde se había encontrado durante quince días con sus misioneros refugiados de España, hacia la abadía cisterciense de Fontfroide, donde en octubre murió exiliado.

En Roma, vivía iluminado por su experiencia interior ocupado en diversas tareas y, al mismo tiempo, consciente de que el final se acercaba. Aunque no pudo hacer Ejercicios Espirituales en 1870, debido a sus muchas

ocupaciones y a su débil estado de salud, sin embargo, escribió tres apuntes: unos *Propósitos*, un *Obsequio* y unas *Aspiraciones*. En el llamado **Obsequio**, encontramos algunos aspectos de su experiencia espiritual que prolongaban su anterior situación mística: continuaba impulsándole el Amor de Dios; sus intenciones continuaban siendo la mayor Gloria de Dios y la razón final seguía siendo hacer la voluntad de Dios (cf. AEC 729).

En las **Aspiraciones**, escritas el día de la Ascensión del Señor, 26 de mayo de 1870, ya **sus pensamientos se iban centrando en la llegada a la meta final**: “1) La tierra será un destierro para mí. Mis pensamientos, afectos y suspiros se dirigirán al cielo. 2) *Nosotros vivimos ya como ciudadanos del cielo* (Filp 3, 20). No hablaré ni escucharé sino cosas de Dios y que llevan al cielo. 3) Deseo que tengo de morir para ir al cielo y unirme con Dios. *Tengo deseo de verme libre de las ataduras de este cuerpo y estar con Cristo* (Filp 1,23). Como María Santísima, mi dulce Madre. 4) Tengo de ser como una vela que arde, gasta la cera y luce hasta que muere. Los miembros gustan de unirse a su cabeza, el hierro al imán, y yo a Jesús deseo unirme en el Sacramento y en el cielo...” (AEC, 730).

En contraste con estas referencias a su cercana muerte, en este mismo día de la Ascensión, Claret se entusiasmó pensando en sus hijos, los misioneros, y se los imaginó como los *brazos* de María que con celo trabajarán y abrazarán a todos y rogarán a Jesús y a María. También

los contempló como *pechos* de María, a la manera de un ama o nodriza, que debe criar a los pecadores con los pechos de sabiduría y amor. **Se entusiasmó pensando en el futuro ya no de él sino de sus seguidores.** Hay un futuro abierto y lleno de entusiasmo, que él contemplaría ya desde el cielo. Claret manifestaba una doble esperanza, la suya alcanzando la meta final y la de sus hijos evangelizando por todo el mundo.

El martes 9 de agosto, de noche, huyó acompañado por tres claretianos hacia **Fontfroide**, donde Cristo le esperaba para el encuentro final. Al día siguiente, Claret, en su oración se sentía como Jesús en la cruz: “Hoy día 10 de agosto he conocido que se ha de orar del modo siguiente: Jesús en la cruz en las tres horas de agonía” (AEC, 829). Perseguido por sus enemigos, volvió a sentir los efectos de la segunda *grande gracia*: “Con Jesús hemos de pedir: *Padre, perdónales, que no saben lo que hacen* (Lc 23,34)...” (AEC 830). **La configuración del misionero con Cristo en la cruz ya empezaba a ser definitiva.**

El jueves 11 de agosto, escribió: “Jesús se lamenta por verse abandonado: 1) De la Humanidad. 2) De la Divinidad. 3) De sus discípulos. 4) De su nación. 5) De mí. 6) De tantas almas... 7) De tantas naciones...” (AEC, 830). **Claret se sintió realmente como Cristo perseguido y abandonado.** Estaba lejos de su patria, lejos de sus misioneros, lejos de la gente, escondido en una abadía a punto de que llegaran a arrestarle. Cuatro días después, el 15 de agosto, escribió su última carta al P. José Xifré, en la

que expresaba su sensación de abandono e incluso de sentirse un estorbo tanto para los misioneros como para los monjes; por eso, persistía en la idea de ir a refugiarse a Roma: “Yo no les puedo ser útil a VV. ni VV. tampoco a mí; por el contrario, creo que mutuamente nos perjudicamos, sin intentarlo ni quererlo. Yo soy un ente misterioso... soy como un prófugo... como uno que se esconde de la justicia... y lo que es peor, no sabemos cuánto tiempo durará... por lo tanto, he resuelto marchar...” (EC, II, 1484-1485).

De hecho no pudo marchar. Es significativo que el texto escrito del 11 de agosto terminara con la siguiente cita bíblica: “*Acuérdate que tú también fuiste siervo en la tierra de Egipto, y que el Señor Dios tuyo te puso en libertad (Dt 15, 15)*” (AEC, 830). Está claro que Claret, que estaba en el destierro, interpretaba esta frase como **una llamada a la Patria eterna**.

Gracias a las cartas diarias del P. Jaime Clotet al P. José Xifré, conocemos el día a día, por no decir de hora en hora, cómo tuvo lugar **la Pascua final de Claret**. En su carta del 24 de octubre, el P. Clotet escribió: “**Yo creía ver una imagen de la escena del Calvario...**”. Efectivamente, los últimos días de la agonía de Claret nos recuerdan aquella escena. Él se sentía cada vez más identificado con Cristo crucificado besando continuamente, a lo largo de aquellos once días, el Crucifijo. Como para Jesús, las multitudes habían desaparecido, los discípulos estaban lejanos... quedaban el

discípulo amado y las tres Marías. En el Calvario de Claret el discípulo amado fue de una manera especial el P. Jaime Clotet, acompañado por el P. Lorenzo Puig. Sus Marías eran los monjes cistercienses que le cuidaban con un cariño indecible, tanto es así que el P. Clotet los llamó “sus ángeles”. Y así se acercó, con una grande paz interior, mientras se agravaba la enfermedad, hacia el encuentro final. A las ocho y cuarenta y cinco de la mañana del día 24 de octubre, finalmente, nos dice el P. Clotet, Cristo y Claret se encontraron.

2.4. Adoradores como Claret

El encuentro de Claret con Cristo Eucaristía no era simplemente una devoción más: era **el momento por excelencia de la transformación**. Al referir en su Autobiografía su vivencia eucarística llega a expresar: “Después de la misa estoy media hora en que me hallo todo aniquilado. No quiero cosa que no sea su Santísima voluntad. Vivo con la vida de Jesucristo” (Aut 754; cf. Gal 2,20). Él mismo confesó que adorando la Eucaristía se sentía transformado; así se lo escribió, tres meses después de recibir la *grande gracia*, en 1861, a la Madre Micaela del Santísimo Sacramento; mientras le explicaba cómo debía ella adorar al Santísimo, le escribió: “...pensará que no vive en V., sino en Jesús, y que se halla como un barra de hierro metida en la fragua, que se derrite y se amolda a la voluntad del artífice, así V. se ha de caldear en el amor de Dios y se ha de derretir y amoldar completamente a la voluntad de Dios. Hágalo así y verá lo que le pasará; V. misma no se comprenderá, ni V. me sabrá explicar, pero yo ya lo sé...” (EC, II, 397).

Adorar es una “advertencia amorosa y sosegada” (cf. San Juan de la Cruz) ante el Señor. Es decir, hacernos conscientes de que Él está presente en nuestras vidas y nosotros en Él. Una actitud de abandono, confianza, paz y amor. Estamos llamados a vivir esto no solamente en la celebración eucarística o delante del Santísimo, sino en cualquier circunstancia y lugar de la vida. Y se puede expresar con palabras interiores de acción de gracias, de petición de perdón, de intercesión... o simplemente siendo conscientes de que estamos habitados por el Señor.

San Pablo habla de esta presencia de Dios en nosotros y de nosotros en Él, con las siguientes palabras: “...En Él vivimos, nos movemos y existimos” (Hch 17, 28). En consecuencia, “Ninguno de nosotros vive para sí mismo, ni muere para sí mismo; si vivimos, vivimos para el Señor; y si morimos, morimos para el Señor. Así pues, tanto si vivimos como si morimos, somos del Señor” (cf. Rom 14,7-8). Y esto está llamado a desembocar en aquella expresión de san Pablo asumida por Claret, cuando recibió la segunda *grande gracia*: “...**Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí**” (Gal 2,20; AEC, 826).

Claret hablando de la virtud más necesaria para el misionero apostólico, el amor (cf. Aut 438), exclama dirigiéndose al Padre: “Yo no quiero más que a Vos, y en Vos y únicamente por Vos y para Vos las demás cosas. Vos sois para mí suficientísimo. Vos sois mi Padre, mi amigo, mi hermano, mi esposo, mi todo...” (Aut 445). **Esta actitud de adoración ante Dios no le separaba del mundo, al contrario, era profundamente apostólica**, como dijo Jesús ya en la última cena: “Padre,

lo mismo que tú estás en mí y yo en ti, que también ellos estén unidos a nosotros; de este modo, el mundo podrá creer que tú me has enviado... Que puedan ser uno, como lo somos nosotros. Yo en ellos y tú en mí, para que lleguen a la unión perfecta, y el mundo pueda reconocer así que tú me has enviado, y que los amas a ellos como me amas a mí” (Jn 17,21-23).

Claret explicita esa unión con Dios y con la misión con la llamada **oración apostólica**: “¡Oh Dios mío y Padre mío!, haced que os conozca y que os haga conocer; que os ame y os haga amar; que os sirva y os haga servir; que os alabe y os haga alabar de todas las criaturas...” (Aut 233).

Todo ello cuestiona nuestra vida apostólica actual acechada por **dos grandes riesgos**: la falta de profundidad espiritual y el convertir nuestra actividad en una simple acción filantrópica. En primer lugar, **la falta de profundidad espiritual** nos lleva a una vida superficial, que atiende solo a lo inmediato y nos carga de “ídolos” que tal vez falsamente llenan nuestra jornada. Con el riesgo de hacer mucho menos de lo que podríamos hacer, o un activismo desenfrenado en el cual nos buscamos a nosotros mismos. No porque me mueva mucho ya soy apóstol, si estoy interiormente vacío. En segundo lugar, **una actividad más o menos filantrópica**, pero en la que el contenido evangélico no aparece: la falta de testimonio de nuestra fe, de nuestra esperanza, de nuestro amor. No somos gente simplemente buena, o funcionarios de la religión; nuestro apostolado tiene que ser algo que brota de nuestra rica experiencia interior.

Finalmente, nosotros no solamente somos **testigos de Cristo**, sino que somos la **esperanza del Claret moribundo** que veía a sus seguidores como *brazos y pechos de María* para llevar a Cristo al mundo (cf. AEC 628-629). Esa es nuestra vocación y misión, como Familia Claretiana.

3. Pistas para el tiempo personal

1. Relee y reflexiona los textos de Claret que hemos ido citando a lo largo de la meditación.
2. ¿Cómo evalúas tu vida interior de adoración? ¿Estás satisfecho del tiempo y de la profundidad y amplitud de tu vida de oración? En último término, ¿qué papel efectivo tiene Dios en todo lo que es tu vida? ¿Qué relación tiene esta vivencia interior con tu realidad cotidiana y tu actividad apostólica?
3. ¿Tu movimiento externo supone y expresa tu vivencia interior de adoración? Como a Claret, ¿es el amor de Cristo lo que te empuja o hay otras razones? ¿Consideras que te mueves mucho pero sin profundidad? ¿Consideras que podrías hacer mucho más de lo que en realidad haces?
4. Acaba estos Ejercicios con unos momentos sosegados y sinceros de adoración al Señor presente en tu vida.

Carlos Sánchez Miranda, CMF